

Ha emergido el mundo de las periferias*

Contrariamente a lo que defienden los discursos mediáticos acerca de la manipulación, fenómenos como el Brexit o la elección de Trump, o en términos más generales, el auge de los populismos en Occidente, no son accidentes de la historia política, sino la consecuencia de una creciente precarización de las clases medias occidentales, las perdedoras de la globalización. Se establece así una nueva geografía social, con nuevas periferias, a partir de la distribución espacial de unas clases populares que reaccionan políticamente a su malestar.

Los trabajos que desde finales de la década de 1980¹ he dedicado a las categorías populares, en su diversidad social (categorías pobres, modestas o medias) y cultural (de origen francés o inmigrado), trataban de señalar las consecuencias para los sectores populares, de la gentrificación y de la bunkerización de las capas más elevadas de la sociedad francesa. Esta tarea, que, de hecho, excluía la idea de un determinismo territorial, me llevó a trazar rápidamente los perfiles de una nueva geografía social² a partir de la distribución de las clases populares en el espacio.

Christophe Guilluy es geógrafo y autor del libro *No society: El fin de la clase media occidental* (Taurus, 2019)

De la Francia periférica al mundo de las periferias

Esta cartografía permitió revelar la importancia y la diversidad de las clases populares. Estas no se limitaban a los barrios de viviendas sociales de las grandes ciudades, donde se concentraban categorías populares pobres e inmigrantes, sino que describían un conjunto mucho más vasto constituido

* Este texto corresponde al primer capítulo del libro del mismo autor: Christophe Guilluy, *No society: El fin de la clase media occidental* – Editorial Taurus, © 2018, Éditions Flammarion, © 2019, Ignacio Vidal-Folch, por la traducción.

¹ C. Guilluy, *Comment une politique de rénovation peut aboutir a une déstructuration physique, sociale et sociologique d'un espace?*, memoria de geografía urbana, Paris I Sorbonne, 1986.

² C. Guilluy, *Atlas des fractures françaises*, L'Harmattan, 2000.

por los territorios de la desindustrialización, de las zonas rurales, de las ciudades pequeñas y de las ciudades de tamaño medio. Esta Francia no era ni específicamente urbana ni específicamente rural ni específicamente suburbana, sino periférica. La tipología tradicional que distinguía lo urbano de lo rural no se aplicaba a una recomposición social que, en lugar de oponer a los de la ciudad contra los del campo, oponía a las grandes áreas urbanas globalizadas en proceso de gentrificación contra los demás territorios. La bunkerización de los de arriba y su corolario, la formación de la Francia periférica y popular, había comenzado.

Producto de un modelo económico y social globalizado, el concepto de la Francia periférica permite entender con más claridad la dinámica populista, tanto en Francia como en los demás países occidentales

Esta ruptura violenta entre el mundo de arriba y el de abajo, aunque estuviera enmascarada por la mediatización de la crisis de las *banlieues*, de los suburbios, se podía ver en un mapa: el de la distribución de las categorías populares, de los obreros, de los empleados, de los pequeños asalariados, de los jubilados modestos. Pero este mapa no era, y sigue sin serlo, el de la clase política, mediática o universitaria. La realidad de la clase dominante es, en efecto, el negativo exacto de la distribución de las categorías modestas: es la de las grandes ciudades, del progreso y de la globalización feliz... en resumen, del mercado.

Es en ese momento, a mediados de la década de 1980, cuando en Francia despegó el Frente Nacional. Algunos años más tarde, al principio de la siguiente década, el filósofo e historiador Marcel Gauchet arroja luz sobre esta ruptura histórica con el concepto de «fractura social». La expresión, conflictiva y, para algunos, angustiosa, viene a desmentir la idea de la adaptación paulatina de la sociedad francesa al modelo económico globalizado, poniendo de relieve la marginación de una parte de la población. En los territorios más alejados de las grandes ciudades globalizadas, los de las ciudades pequeñas y las ciudades medianas, los de las «zonas suburbanas castigadas»,³ los de los ámbitos rurales, cada vez son más visibles los efectos perjudiciales del modelo económico. Esos territorios dibujan un continuo sociocultural en el que están representadas las categorías populares. Este conjunto es la Francia periférica, un concepto acuñado a principios del siglo XXI⁴ y desde entonces muy utilizado.

Es en esta Francia periférica, popular y debilitada económica y socialmente, donde el Frente Nacional va calando, zonas del «suburbio castigado» bastiones obreros de la desin-

³ Concepto elaborado por Laurent Chalard, geógrafo del European Centre for International Affairs.

⁴ C. Guilluy, «La France périphérique délaissée», *Libération*, 1 de octubre de 2003.

dustrialización, hasta las zonas rurales y las ciudades pequeñas. Categorías que ayer eran opuestas, obreros, campesinos, empleados, autónomos, se reúnen poco a poco en una misma oposición, unidas por el mismo sentimiento de relegación cultural y geográfica.

En 2004, el geógrafo Christophe Noyé y yo mismo realizamos unos gráficos sobre la distribución del voto del Frente Nacional en función de la distancia a las grandes metrópolis.⁵ Cuanto más nos alejábamos del centro de las grandes ciudades globalizadas y gentrificadas, más fuerte era el voto populista. A principios del año 2000, el Frente Nacional comienza a implantarse en los territorios de la desindustrialización y en los suburbios donde numerosos hogares modestos se instalaron para escapar de los barrios de viviendas sociales donde se concentraba la inmigración (por ejemplo, en la región parisiense, el departamento de Seine-et-Marne, que a lo largo de los años ochenta acogió a muchos hogares procedentes del departamento de Seine-Saint-Denis). Una dinámica que después se extendería a las zonas rurales y las pequeñas ciudades castigadas por la drástica reducción del empleo. El quid de esta dinámica populista es la combinación de una doble inseguridad: social (ligada a los efectos del modelo económico) y cultural⁶ (ligada a la aparición de la sociedad multicultural). No hay voto populista sin la combinación de estas dos inseguridades (en 2017, la inseguridad cultural sin inseguridad en el ámbito social, o sea, el voto de la burguesía de derechas, dio como resultado el apoyo a Fillon, no a LePen).

Producto de un modelo económico y social globalizado, el concepto de la Francia periférica permite entender con más claridad la dinámica populista, tanto en Francia como en los demás países occidentales.

El mundo de las periferias

En el conjunto de los países desarrollados, la estructuración de los votos obedece a las mismas lógicas económicas y culturales según las cuales se oponen los territorios integrados en la economía-mundo, especialmente (pero no exclusivamente) las grandes ciudades globalizadas y las periferias, por un lado, a las ciudades pequeñas, ciudades medianas desindustrializadas y zonas rurales, por otro lado. En relación directa con la distribución espacial de las categorías populares, se puede observar por todas partes la misma presencia del voto populista: de la misma manera que el voto al Frente Nacional despega en los márgenes de la región parisiense, el voto a Trump lo hace en el estado de Nueva York, el de *Leave* en

⁵ C. Noyé y C. Guilluy, *Atlas des nouvelles fractures sociales*, Autrement, 2004.

⁶ Concepto acuñado a principios del siglo XXI para analizar los motivos de las peticiones de cambio de atribución en los barrios de viviendas sociales con una fuerte inestabilidad demográfica. Ver *La France périphérique*, Champs-Flammarion, 2015.

la región del gran Londres,⁷ el FPÖ⁸ en la región de Viena o el PVV⁹ en los alrededores de Rotterdam.

Este voto, que traduce geográficamente los efectos de la fractura social del siglo XXI entre los de arriba integrados y los de abajo relegados, altera por completo las representaciones políticas tradicionales. Las disensiones de antes han muerto. Ahora las nuevas fracturas son visibles y ya no oponen, como en el mundo de ayer, a la izquierda con la derecha, la clase obrera con la patronal, los habitantes de las zonas rurales con los de las ciudades, sino a los ganadores o protegidos de la globalización contra los perdedores o debilitados, los nómadas a los sedentarios, las nuevas clases altas a las nuevas clases populares, la gente de «un determinado lugar frente a los que no son de ningún sitio».¹⁰ Pero desde el *Rust Belt* estadounidense al Yorkshire británico, desde las cuencas industriales de Alemania del Este a las zonas rurales francesas, esta geografía revela el surgimiento de un mundo de las periferias sobre las ruinas de la antigua clase media. Por primera vez en la historia económica occidental, las categorías modestas ya no viven allí donde se crea el empleo y la riqueza, y, sobre todo, nunca más podrán vivir allí. Teniendo en cuenta las lógicas económicas y territoriales, parece imposible volver atrás. A partir de ahora la gente de pocos recursos residirá mayoritariamente cada vez más apartada de las grandes ciudades, que, en sentido inverso, cada vez atraerán más a las nuevas clases altas.

Desde el Rust Belt estadounidense al Yorkshire británico, desde las cuencas industriales de Alemania del Este a las zonas rurales francesas, esta geografía revela el surgimiento de un mundo de las periferias sobre las ruinas de la antigua clase media

Por supuesto, aún existen territorios de la Francia periférica o de los EEUU periféricos que crean puestos de trabajo; y, evidentemente, también existen territorios muy precarizados en los grandes centros urbanos, pero, habida cuenta de las dinámicas económicas y territoriales, en general estamos asistiendo a la cristalización de una geografía social cada vez menos igualitaria, donde las metrópolis se enriquecen mientras las periferias registran una reducción del empleo.

Las cifras hablan por sí solas. En Francia, el movimiento de concentración del empleo en las grandes ciudades se acelera. Iniciado a principios del siglo XXI, era inevitable que ese pro-

⁷ J. Fourquet, «Ifop», *Focus*, núm. 148, 2017.

⁸ *Freiheitliche Partei Österreichs*, el Partido de la Libertad de Austria.

⁹ *Partij voor de Vrijheid*, el Partido por la Libertad de Geert Wilders.

¹⁰ David Goodhart describe una nueva fractura entre pueblos de «algún lugar» contra «gentes de cualquier parte» (*Somewheres* frente a *Anywheres*), *The Road to Somewhere: The New Tribes Shaping British Politics*, Penguin Books, 2017.

ceso continuara. En el periodo entre 2006 y 2013, la creación de puestos de trabajo se concentró en las áreas urbanas de más de 500.000 habitantes. Una docena de metrópolis francesas acaparan más del 46% de los empleos, de los cuales, el 22% solo en el área urbana de París y el 24% en las provincias. «Globalmente, las ciudades medianas, las ciudades pequeñas y las comunidades aisladas –a las que no llega la influencia de los polos urbanos– sufren pérdidas en el mismo periodo», precisa la nota de *France Stratégie*: el 0,8% en las poblaciones pequeñas y medianas, y los municipios aislados; el 0,6% en las zonas de menos de 100.000 habitantes. Se trata de un movimiento inédito, ya que, hasta 1999, el crecimiento del empleo beneficiaba al conjunto de los territorios.¹¹ Esta recomposición económica, perceptible en EEUU y en el Reino Unido, es un modelo que se repite a escala global. Por término medio, en la mayoría de los países, la creación de empleo en las ciudades pequeñas y las ciudades medianas es menos significativo que en las grandes ciudades.

A propósito de esto, la evolución del mercado inmobiliario es esclarecedor. En las grandes ciudades los precios no paran de subir y, por el contrario, en los territorios alejados de aquellas se registra un estancamiento o una bajada de precios. En Francia, desde hace diez años no deja de profundizarse la grieta entre los precios en las grandes ciudades y en los demás territorios. «Un inversor que hubiera comprado un bien por valor de 100.000 euros en el año 2007, hoy vería que en las diez mayores ciudades francesas este se ha revalorizado y ahora cuesta alrededor de 122.000 euros de media. En cambio, en las ciudades más pequeñas (las que se sitúan por debajo de la 50ª posición) el propietario ha perdido dinero: los 100.000 euros del principio ya no valen más que 87.000 euros».¹² Como el proceso de concentración del empleo en las grandes ciudades continúa y, a la par, la pérdida del empleo de la Francia periférica, es de temer que el día de mañana estas desigualdades aumenten e impidan a la mayoría de las categorías modestas, por primera vez en la historia, el acceso a las zonas donde hay empleos más dinámicos.

Sin embargo, repitámoslo, aunque la geografía revela, no determina. No se vota por el Brexit en el Reino Unido o por el Frente Nacional en Francia porque se viva en una zona rural o en una ciudad pequeña. Y, a la inversa, no se apoya a Emmanuel Macron o a Hillary Clinton porque el votante sea parisiense o neoyorquino.

Además, en buena parte de los territorios de la Francia o de los EEUU periféricos¹³ existen (felizmente) territorios dinámicos, de la misma manera que hay grandes ciudades que

¹¹ «Dynamique de l'emploi et des métiers: quelle fracture territoriale?» *France Stratégie*, nota de análisis núm. 64, noviembre de 2017.

¹² Según *Meilleursagents.com*, «Immobilier: la France, un marché plus que jamais a deux vitesses», citado por *Le Figaro*, 4 de enero de 2018.

¹³ El geógrafo Gérard-François Dumont ha mostrado a propósito de esto el papel determinante de la gobernación local y de la innovación endógena, *Les territoires français: diagnostic et gouvernance*, Armand Colin, 2018.

padecen verdaderas dificultades (Marsella o Nápoles). Pero estas excepciones no desmienten la dinámica de fondo: la concentración de las riquezas y los empleos en las grandes ciudades y, por el contrario, el debilitamiento económico de los territorios que están alejados de aquellas.

La dinámica populista se fortalece en todas las periferias populares: en los territorios donde el empleo se reduce enormemente (norte de Inglaterra, *Rust Belt* en EEUU, este de Alemania, Mezzogiorno en Italia, cuenca parisiense, norte y este de Francia) y en las regiones en que la presión migratoria es fuerte (Texas, sur de Francia, Baviera, norte de Italia). Pero, por todas partes, lo que fabrican Francia, EEUU, el Reino Unido o la Italia periférica es, primero, el perfil social de sus habitantes, no los territorios (los territorios dinámicos o privilegiados de las periferias se integran en el modelo dominante; en Francia, por ejemplo, los pueblos o ciudades pequeñas ricas o las zonas vitivinícolas ricas apoyaron a Macron, no a LePen).

Una nueva geografía social y política

Los expertos nos lo habían jurado desde el principio de los años ochenta: la marea populista sería solo coyuntural, se limitaría a los territorios de la desindustrialización, a esa vieja clase obrera representante de un mundo viejo condenado a desaparecer. Casi cuarenta años más tarde, la marea populista se ha generalizado en Europa (en Francia, en el Reino Unido, en Italia, en Alemania) y, por supuesto, en EEUU. Más aún, la reacción populista ha desbordado sus bastiones industriales y su base obrera, ha alcanzado el mundo rural y luego las ciudades pequeñas y las ciudades de tamaño medio. Ahora se está extendiendo por las zonas (industriales, rurales o residenciales) de empleos muy diversos en que el número de puestos de trabajo se reduce o la creación de empleo privado y público es más débil; un descenso del empleo que tiene como consecuencia el debilitamiento de la actividad comercial en un buen número de ciudades medianas. Desde las zonas industriales del norte y del este a las zonas rurales-terciarias del sur, pasando por las zonas rurales de la Bretaña interior, la Francia periférica ahora abarca una parte importante de los territorios y de la población. Al margen de las metrópolis globalizadas, las elecciones estadounidenses y británicas han puesto de manifiesto la existencia de unos EEUU periféricos y de un Reino Unido periférico, en ambos casos mayoritarios. En Alemania, el voto populista está dibujando el perfil de una Alemania periférica, sobre todo en la antigua Alemania del Este o en ciertas zonas rurales y ciudades pequeñas, incluso en la rica Baviera. Del Mezzogiorno a las zonas rurales y ciudades pequeñas del norte, la Italia periférica ha emergido con ocasión de las elecciones legislativas de 2018. Los populistas del norte (Liga del Norte) y los del sur (Movimiento 5 estrellas) ahora son mayoritarios en Italia. El hundimiento de la clase media italiana durante la década de 1990 y el desarrollo de una fuerte inseguridad cultural en los primeros años del

siglo XXI, con la intensificación de los flujos migratorios, producen los mismos efectos y han creado las condiciones para una alianza improbable entre populistas del norte y del sur.

Esta marea populista europea desmiente la idea de una dinámica que solo involucra a las categorías obreras y a los territorios de la desindustrialización europea. Por todas partes, campesinos, empleados, pequeños funcionarios, autónomos, ahora unen sus votos a los de la clase obrera.

La reacción populista ha desbordado sus bastiones industriales y su base obrera; ha alcanzado el mundo rural, las ciudades pequeñas y las ciudades de tamaño medio. Ahora se está extendiendo por las zonas (industriales, rurales o residenciales) de empleos muy diversos

Los expertos nos anunciaban un ligero deslizamiento de tierras, un periodo de adaptación; pero en realidad estamos ante un movimiento de las placas tectónicas. Ahora bien, se trata de un fenómeno que tomará su tiempo. Aunque invisibles, las placas tectónicas no cesan de moverse bajo el efecto del calor almacenado en el interior de la tierra y así desencadenan inexorablemente terremotos, erupciones violentas y, a veces, la irrupción de nuevas tierras. Estamos asistiendo nada menos que a la aparición de nuevos continentes, continentes populares y periféricos, los de la antigua clase media occidental. Esta réplica populista es la respuesta del mundo de los de abajo al mayor reajuste social de la historia, el de la antigua clase media occidental, un reajuste social provocado por la desaparición de las sociedades mismas. En efecto, la nueva visibilidad de la Francia periférica, de los EEUU, del Reino Unido o de la Italia periféricos revela la potencia de un vuelco cultural y social provocado por el sacrificio de las categorías mayoritarias.

Así que con el surgimiento del mundo de las periferias ya no estamos hablando de los márgenes, solo de los obreros o los agricultores, sino también de los empleados, de los que desempeñan trabajos manuales o de oficina, de los jóvenes, de los jubilados, de los del campo, de los de la ciudad. La suma de estos márgenes acaba por formar un todo: la sociedad.

El gran secreto revelado

Asustados por la visibilidad de ese mundo de las periferias populares, los medios de comunicación y el mundo académico han procurado durante mucho tiempo minimizarlo insistien-

do en la marginalidad de un fenómeno descrito como coyuntural o que amalgama fracciones minoritarias o en vías de desaparición del mundo antiguo. Así que estos seísmos populistas no serían más que los efectos de un ajuste social y político provocado por la adaptación de los países desarrollados a una nueva economía. La respuesta populista sería solo una consecuencia de la crisis de algunas ciudades desindustrializadas, de la cólera de algunas zonas rurales envejecidas, del canto del cisne de una clase obrera en vías de desaparición, de la estupidez de algunos deplorables estadounidenses, de la nostalgia que sienten los paletos del campo francés por el mundo de antes, de algunos desdichados cerveceros, del racismo atávico de la clase trabajadora alcoholizada británica, de los adoradores del III Reich en Alemania o de los admiradores de Mussolini en Italia. Estas imágenes tópicas de la marea populista occidental son tranquilizadoras porque lo que describen son los márgenes y una revuelta anacrónica.

Con el surgimiento del mundo de las periferias ya no estamos hablando de los márgenes, solo de los obreros o los agricultores, sino también de los empleados, de los que desempeñan trabajos manuales o de oficina, de los jóvenes, de los jubilados, de los del campo, de los de la ciudad

Permiten ocultar un diagnóstico racional sobre unas categorías populares que, recordémoslo, al contrario de lo que afirma la esfera mediática y académica, han aceptado el juego de la globalización, apoyado la construcción europea, acompañado a las evoluciones sociales y, salvo excepciones, recibido sin violencia las diferentes oleadas migratorias.

La desaparición de la clase media occidental no podía hacerse patente por, al menos, dos motivos. El primero, esencial, es que la desaparición de una clase que se su pone que representa a la mayoría revela la debilidad de un modelo económico que no es capaz de darle forma a una sociedad. La reacción histérica de un puñado de universitarios al concepto de la Francia periférica o de los EEUU periféricos es un buen indicador de la estrategia de invisibilización del fenómeno y del rechazo a tomar en consideración los efectos de la globalización. El segundo está relacionado con el progresivo infantilismo de las sociedades occidentales, ya incapaces de asumir e incluso de pensar en las nuevas conflictividades sociales y culturales. Todo análisis social, cultural, territorial debe inscribirse en el movimiento natural de la transformación del mundo. En este contexto, describir un mundo social y cultural en permanente conflicto no es una opción aceptable.

La realidad social y cultural de las sociedades occidentales se concibe como un mecano infinitamente transformable y adaptable. La creencia inocente de que todo tiene fácil desenlace siempre remata los análisis y los diagnósticos: el experto y el universitario siempre pro-

ponen soluciones positivas, optimistas, no conflictivas. Se puede describir una realidad complicada allí en los márgenes, identificar a unos que son muy malos, pero el final feliz es obligatorio. El pensamiento positivo, el «pensar primavera»¹⁴ exige soluciones. Así, el informe del experto forma parte del espectáculo político mediático, trufado de soluciones mágicas, pero sin cuestionar nunca un modelo que va en contra de la sociedad; permite llevar a cabo reformas sin consultar nunca a los ciudadanos o a sus representantes locales.

Pero es demasiado tarde. Este pensamiento mágico ya no funciona. Ante los ojos obstinadamente cerrados de los expertos, el mundo de las periferias populares ha emergido, su motor no es la cólera de algunos deplorables, sino la desaparición de la clase media occidental. Resulta que la dinámica populista no era coyuntural, sino que estaba echando raíces a largo plazo.

Las raíces del voto a Trump están en la financiarización de la economía estadounidense bajo el mandato de Clinton. De la misma manera, el Brexit es consecuencia de un proceso de desindustrialización de la economía británica emprendida en tiempos de Thatcher. En Francia, el voto de los obreros al Frente Nacional procede de tiempo atrás, de la desindustrialización que comenzó a finales de los años setenta. Es cierto que el populismo italiano responde a la reciente oleada migratoria, pero también al debilitamiento de la clase media italiana que comenzó hace ya más de quince años.

El Brexit o la elección de Trump no son accidentes de la historia política británica o de EEUU, sino las claras consecuencias de una precarización (muy precoz en los países en que los entramados sociales son escasos y débiles) de la base de las clases medias británica y estadounidense. Explicar estos resultados por la injerencia de Rusia o la multiplicación de las *fake news* solo puede atribuirse a una falta de honestidad o, peor aún, a la estupidez. La ola populista británica o norteamericana no es el resultado de una manipulación, sino de reformas económicas iniciadas en la década de 1980.

La desaparición de la clase media occidental es un proceso lento, poliédrico, que toma formas diferentes según los contextos económicos nacionales, pero que, en el fondo, en todas partes debilita las categorías que ayer representaban la base de una clase media integrada culturalmente y en una dinámica de ascensión social. Desempleo en Francia, precarización en Alemania o en EEUU: la mayor parte de las clases populares occidentales sufre los mismos efectos de la división internacional del trabajo. Si el siglo XXI ha dado nacimiento a un nuevo mundo, el de los GAFAM y los BATX,¹⁵ de los medios de comunicación de

¹⁴ Expresión del candidato Emmanuel Macron en Clermont-Ferrand, el 10 de enero de 2017.

¹⁵ GAFAM es la sigla de los gigantes de internet estadounidenses: Google, Apple, Facebook, Amazon, Microsoft. BATX es la sigla de los gigantes de la red en China: Baidu, Alibaba, Tencent, Xiaomi.

masas, de las grandes ciudades globalizadas, del hipermercado, de la hipermovilidad, del hiperliberalismo, de los hiperricos, también ha provocado, a la inversa, el surgimiento del mundo, mayoritario, de las periferias populares.

Mientras que la clase mediática y académica prosigue su tarea de ocultar o minimizar el fenómeno, el pequeño mundo de los de arriba, de las élites, de las clases altas, de las grandes ciudades, ya sabe que está rodeado de un mundo periférico mayoritario hostil y cuyo peso va aumentando al ritmo en que se van expulsando de la clase media aquellas categorías que formaban parte de ella.

En enero de 2018, la flor y nata de la élite mundial se reunió en Davos. Desde que se creó, este foro procura reafirmar la fe del mundo de los de arriba en las virtudes del mercado, del libre cambio, de la desregulación, de la revolución tecnológica y, en definitiva, del progreso. Así pues, el optimismo siempre ha estado en el centro de lo que se plantea en Davos y la globalización feliz es un dogma. Aunque sin poner en cuestión esos criterios fundamentales, el título de la edición de 2018 revela una toma de conciencia inédita de la realidad por parte de la hiperélite: «*World Economic Forum 2018 to Call for Strengthening Cooperation in a Fractured World*». «Fractura»: la palabra ha salido a colación. Ya no se habla de mutación, de adaptación, de ajuste o de divergencia, sino de un sistema que no solamente fractura las sociedades, sino que también amenaza al mismo edificio. Emmanuel Macron, nuevo representante del mundo de arriba, incluso mencionará la necesidad de «concebir de nuevo unas reglas del bien común y una regulación mundial en materia de ecología, de salud, de educación y de formación. De lo contrario, dentro de cinco o de diez años los nacionalismos triunfarán por todas partes». La «regulación» o, si no, «el nacionalismo». La inquietud es palpable. Hay que decir que la crisis de 2008, el Brexit, la elección de Trump y la victoria de los populistas italianos han debilitado círculos que ahora saben que esta reacción a los efectos de la globalización es duradera y, peor aún, revela la debilidad intrínseca del modelo liberal.

Ahora la hiperélite sabe que la descomposición de la clase media occidental ha hecho emerger un mundo de periferias que no va a desaparecer, más bien al contrario. Aunque la clase mediática y académica exageró su optimismo al presentar la victoria de Macron como prueba de un retroceso de la marea populista, en el fondo las élites saben que solo estamos en el principio de la recomposición de las relaciones de las fuerzas sociales y políticas. La realidad es que en cada elección (así ha pasado también en Francia) el voto populista crece, inexorablemente. Cuando encuentran a un líder, las clases populares pueden darle la vuelta al marcador. Aunque la Francia periférica aún no haya encontrado a su representante, las condiciones del vuelco ya están presentes. La continuación del proceso histórico de expulsión de la clase media debilita cada día a un mundo de arriba cada vez más inquieto.

Los vencedores de las elecciones presidenciales estadounidenses y francesas han reconocido a su manera (uno para felicitarlo de ello, el otro para lamentarse) la aparición de unos EEUU periféricos y de una Francia periférica.

El pequeño mundo de los de arriba sabe que está rodeado de un mundo periférico mayoritario hostil y cuyo peso va aumentando al ritmo en que se van expulsando de la clase media ciertas categorías que formaban parte de ella

Las estrategias electorales de estos dos vencedores muestran que una fracción de la élite sabe perfectamente que la época de los Treinta Gloriosos –años en que las clases medias se beneficiaban del sistema y prosperaban– ya ha pasado y que ahora nos precipitamos hacia la época de la desaparición de la clase media. Donald Trump y Emmanuel Macron habían incorporado a su diagnóstico los EEUU y la Francia periféricos. Uno para hacer que lo eligieran, el otro para alejarse de ella. Presentados como atípicos, Trump y Macron son, ambos, productos de la hiperélite mundial. Trump no procede de una familia del Hillbilly del Midwest;¹⁶ en cuanto a Macron, tiene todos los atributos del elitismo francés. Si el americano es más bien un producto del capitalismo industrial, el francés sería la criatura de la tecnoestructura y del capitalismo financiero.

A priori, los dos están muy distanciados de las preocupaciones de la antigua clase media occidental relegada a territorios que apenas frecuentan. Pero, a diferencia de la antigua clase dirigente, los dos candidatos han comprendido que es ahí donde se decide la suerte de las democracias occidentales. Incluso Macron no ha dudado en referirse, durante la campaña y en su programa,¹⁷ a los olvidados de la Francia periférica. Si Macron cree en la solidez de un modelo económico que conviene estimular a partir de los sectores y de los territorios más dinámicos, Trump, al contrario, muestra los límites de un modelo que conviene regular (cuestionamiento de los tratados de libre cambio, voluntad de regular la inmigración, política de grandes obras públicas). Pero los dos han asumido lo esencial: el proceso de la desaparición progresiva de la clase media occidental y de los viejos partidos de izquierda y derecha que la representaban.

Y no es casual que el ascenso de los dos candidatos se haya producido sobre un cambio sustancial de la *doxa* de su propio terreno. La victoria de Trump es, en primer lugar, una victoria contra los republicanos, la de Macron, una victoria contra el Partido Socialista y la

¹⁶ J.D. Vanee, *Hillbilly Élégie*, Globe, 2017.

¹⁷ E. Macron, *Révolution*, XO, 2016, pp. 153 y 158.

izquierda de la izquierda. Así, los dos han institucionalizado el «ni izquierda ni derecha de los de arriba». Es este posicionamiento lo que explicará más tarde las propuestas consideradas contradictorias con su electorado: Trump respecto a la *doxa* librecambista; Macron, por ejemplo, sobre la inmigración.¹⁸

De hecho, Trump y Macron son las dos caras de un mismo modelo, han asimilado perfectamente el choque que provoca el fin de la clase media occidental. Según las circunstancias, el péndulo favorece al candidato llamado «populista» o al candidato llamado «globalista».

En noviembre de 2016, Trump, el candidato populista, el de la sociedad cerrada, barrió todos los pronósticos y se impuso frente a la candidata razonable, la de la globalización, de la sociedad abierta. Las clases político-mediáticas estadounidense y europea se quedaron estupefactas, aterrorizadas por la elección de un candidato que parece cuestionar la integración de las sociedades occidentales en las normas del modelo globalizado. Esta victoria desencadena entonces una oleada de manifestaciones en las grandes ciudades estadounidenses y una reacción histérica de las clases dominantes occidentales, que no vacilarán, no ya en cuestionar la legitimidad de la elección, sino también en insultar a los electores de Trump considerándolos, en el mejor de los casos, unos ignorantes, y en el peor, racistas. Hay que decir que esta victoria sucede solo unos meses después del voto favorable al Brexit en el Reino Unido (en junio de 2016) y que podría anunciar potencialmente que las democracias occidentales se decantaran por el campo del mal, es decir, el de la oposición activa al modelo económico y social dominante. Momento en que las miradas se vuelven hacia las elecciones francesas de 2017. ¿La marea populista se llevará por delante a Francia, con un efecto dominó sobre los otros países europeos?

Mayo de 2017: Emmanuel Macron resulta elegido. El lado del bien gana claramente las elecciones frente a la candidata populista con el 66 % de los votos. Menos mal. Las clases dirigentes expresan su alivio y su satisfacción. El 9 de noviembre, el *Time Magazine* llega incluso a ofrecer su portada al presidente elegido designándolo como próximo líder de Europa. Así que supuestamente todo ha vuelto al orden; el Brexit y la elección de Trump solo eran accidentales. Los medios ya no dudan en explicar que, si aquellas elecciones volvieran a celebrarse, el Reino Unido permanecería en el seno de la UE y Hillary Clinton resultaría elegida. Se dice con pedantería que los partidarios del Brexit, esos idiotas, hoy lamentan amargamente su decisión. Da igual que las encuestas muestren todo lo contrario, que los británicos no lamenten el Brexit.¹⁹

¹⁸ «Migrants: l'histoire d'un changement de pied de Macron», *Les Échos*, 21 de diciembre de 2018; Gérard Collomb, Ministro del Interior: «No se puede acoger a todo el mundo(...) o, si no, habría que construir ciudades como Lyon», *RTL*, 18 de diciembre de 2017.

¹⁹ P. Bernard, «Les britanniques ne regrettent pas le Brexit», *Le Monde*, 1 de febrero de 2018.

Así pues, la opinión pública occidental habría vuelto al buen camino y la marea populista habría comenzado a retroceder. Este análisis tranquilizador, más próximo al pensamiento mágico que a la realidad, oculta sutilmente el clarísimo progreso del Frente Nacional francés pese a las debilidades de su candidata (en la primera vuelta, 7,6 millones de votos contra 6,4 millones en 2012; en la segunda vuelta, 10,6 millones, todo un récord). Sobre todo, las elecciones que se van sucediendo demuestran que, lejos de frenarse, la dinámica populista se refuerza por toda Europa Occidental (Alemania, Austria, Suecia).

En realidad, la llegada de Macron y de Trump al poder se inscribe en la misma reordenación política. La elección de Macron no borra la de Trump, sino que la hace más pertinente. En efecto, no nos hallamos ante una oposición entre un mundo antiguo y un mundo nuevo, sino en la expresión política de las nuevas fracturas sociales, culturales y territoriales del siglo XXI. Trump, «el representante de la sociedad cerrada», como Macron, el de «la sociedad abierta», son las dos caras de la misma moneda. Reducir la oposición ideológica y cultural entre Macron y Trump a un simple enfrentamiento entre el campo del bien y el campo del mal no permite comprender una fractura que escenifica el nuevo conflicto de clases sobre un fondo de tensiones identitarias.

Con la misma desinhibición, el mismo desapego respecto a la vieja oposición entre la izquierda y la derecha, la misma distancia respecto a su propio campo ideológico, los dos presidentes se sienten libres para transgredir. Criaturas de una pospolítica tradicional, se sienten aún más transgresores por el hecho de que los dos saben que se mueven en un mundo en el que el margen de maniobra del político se ha reducido singularmente. Ni Trump ni Macron alterarán el statu quo. Como máximo, asistiremos a pequeñas revoluciones culturales, pero desde luego, a ninguna apoteosis revolucionaria, a la gran noche.